

## **INTERVENCION DE SORAYA SAENZ DE SANTAMARIA**

### **Toma de posesión como Consejera de Estado**

Madrid, 8 de noviembre de 2018

Muchas gracias, Sra. Presidenta. Queridos Padrinos. Consejeros permanentes, Consejeros natos y Consejeros electivos. Autoridades. Queridos amigos.

Cuando me senté a preparar las palabras que hoy venía aquí a improvisar, me vino a la memoria la primera vez que prometí la Constitución al asumir un cargo público. Estoy hablando del año 1999 y yo ingresaba entonces en un órgano también vinculado a esta casa, como es la Abogacía General del Estado.

Desde entonces he prometido lealtad a la Constitución en algunas otras ocasiones y en diferentes ámbitos. En el poder legislativo primero y en el ejecutivo, después.

Creánme si les digo que hoy lo hago con una conciencia aún mayor que entonces sobre lo que implica honrar las instituciones de todos los españoles y preservar su dignidad.

Porque la fortaleza de una democracia se mide en su fortaleza insitucional.

Desde que hace ahora 40 años los españoles nos dimos una Constitución, nuestra convivencia asumió los dos pilares esenciales – a mi juicio- de una democracia avanzada, cuales son la garantía de los derechos fundamentales de la persona y la primacía del estado de derecho.

En estas cuatro décadas el Consejo de Estado han trabajado con prestigio y sin descanso para asentar esos cimientos. Pero baste echar un vistazo a nuestro alrededor para darnos cuenta de que en el momento que vivimos si nuestras instituciones no se ponen en valor, se ponen en riesgo. Y con ellas, el futuro de nuestra democracia.

No faltan ejemplos en nuestro entorno que demuestran que cuando los derechos individuales y el imperio de la ley se subordinan a los intereses de los gobernantes, no basta con que se celebren elecciones periódicas para calificar de viva a una democracia.

Los rigores de la recesión económica, primero, y las vacilaciones después ante problemas socialmente complejos, como la gestión migratoria, han dado alas a populismos de todo signo que ponen voz y altavoz a los sentimientos más primarios que desata ese deconcierto. Voces que calan aunque no sean capaces de articular soluciones. Porque la razón como argumento puede resultar inoperante frente a tanta exaltación emocional. En su estrategia, esos populistas buscan también desprestigiar las instituciones primero para ponerlas a su servicio después.

Pero, además, los desafíos de la era que nos ha tocado vivir son más y más complejos. Muchos de ellos, globales.

Y los ritmos del mundo también han cambiado. La velocidad con que la que suceden los hechos noticiables y la fugacidad con la que pasan a la obsolescencia, colocan a sociedades y gobiernos en un estado de ansiedad casi permanente. La gestión del desasosiego parece una asignatura obligada en el tiempo político que nos ha tocado vivir.

Prima lo efímero. La anécdota frente a la categoría. El morbo frente a la verdad. Y discusiones pasajeras distraen la atención de diseñar proyectos de país, de articular debates de futuro que sobrevivan más allá de una sesión parlamentaria y no los silencie el ruido ambiental que nos rodea.

El envejecimiento y con él, el futuro del estado del bienestar; la despoblación, la movilidad, la sostenibilidad del medioambiente y por tanto, de nuestro estilo de vida ya eran problemas urgentes hace décadas y ahora se acercan a lo acuciante. El reto tecnológico ya no es solo una parte de nuestra economía, es el entorno natural para cada vez más relaciones humanas. Vivimos en digital y nuestros hijos hasta se sorprenden cuando les relatamos cómo era la vida en analógico. Sin embargo, sus derechos navegan desprotegidos por la red.

Pero junto a estos retos, ha emergido uno previo y que creíamos conjurado a finales del milenio pasado: el reto democrático.

Lejos de suponer el fin de la historia, el siglo XXI y sus crisis han sembrado la duda y la inquietud sobre el futuro de nuestras democracias. La depresión económica de estos años puso a prueba la misma capacidad de los gobiernos democráticos de dar a los ciudadanos respuestas y generar confianza. Una vez recobrada, conviene esforzarse en no perderla.

El recelo hacia las instituciones y el papel cada vez más desprestigiado de la política, nos ha instalado a todos ante el desafío mayúsculo de gestionar la inestabilidad, que, a su vez, genera nuevas desconfianzas.

Para romper ese círculo vicioso, conviene tomarnos en serio los cimientos democráticos a los que antes aludía. Respetarlos y defenderlos con la misma pasión con que los conquistamos hace ya algunas décadas. Y preservar la integridad y la calidad institucional de nuestra nación.

Por eso, es reconfortante ver hoy como el Consejo de Estado honra su tradición y sus señas de identidad evocándolas también en este ceremonial de ingreso. A los que humildemente hemos sido convocados a formar parte de él, nos comprometemos a juramentarnos para que así siga siendo.

En esta casa se debate siempre sobre asuntos importantes, de calado. Los instrumentos de discusión son la razón y el derecho. Los tiempos, aunque llamados a acortarse para todos, permiten la reflexión y la medida. Y la experiencia, variada y extensa, de todos ustedes, sra. Presidenta y sres. Consejeros, es una garantía de compromiso y profesionalidad.

Ahora somos sus miembros, desde el respeto mutuo, la ejemplaridad de nuestras acciones y el trabajo riguroso, quienes debemos aportar nuestra contribución a ese interés común que nos une y que se llama España.

Muchas gracias.